



FUNDAMENTOS PARA UNA FILOSOFÍA DE LA CULTURA

Dra. Matilde Isabel García Losada
Investigadora en el Conicet¹
-Buenos Aires- Argentina

Es mi propósito ofrecer los fundamentos de una Filosofía de la Cultura.

Desde la integración concebida como actitud y quehacer del filósofo² habré de desenvolver una Filosofía de la Cultura que -fundada en una metafísica abierta a la trascendencia y con el despliegue de la cuestión axiológica-³ se desarrolle como proyección práctica de un filosofar existencial.

El filósofo -en y desde un quehacer filosófico integrador- ha de proponerse desenvolver una Filosofía de la Cultura como iluminación y vivificación de los valores fundantes de la cultura en su desenvolvimiento. Y desde la iluminación y vivificación de los valores fundantes de la Cultura como son la Verdad y el Amor.

Considero valores fundantes de la Cultura a la Verdad y el Amor y en su síntesis y como paradigmas al genio y al santo. Ellos respectivamente encarnan el valor intelectual y el valor moral en grado sumo. Valores que han sido encarnados y encarnables cronotópicamente.

Al genio, al santo y también al héroe⁴ los concibo como encarnadores -esto es, iluminadores y vivificadores- de la Cultura en su desarrollo.

Los valores fundantes de la cultura -la Verdad y el Bien- han de mantenerse presentes, vivos, y como tales han de desarrollarse en y desde su génesis existencial.

En orden a ello, el hombre, la persona -libertad creativa-creadora amante y libertad-creyente- ha de desplegar la verdad y el amor en sus síntesis; y ha de tender a desplegarlos en grado sumo. En tal medida contribuirá a iluminar y vivificar la cultura en su desenvolvimiento.

El filósofo, que despliegue su filosofar como saboreo -(entendido como el concebir y el experimentar en y desde la síntesis de pensamiento y sentimiento)⁵- de la Verdad como Amor y el Amor como Verdad en su integración y desde ella, ha de proponerse re-crear a la Verdad y al Amor como valores, y a re-crear los paradigmas del genio y del santo y -también-

BIBLIOTECA ALFONSO
S. A. B. E.

del héroe. Genio, santo y -también- héroe, en que aquellos valores se han encarnado y se encarnan espaciotemporalmente.

Habiendo llegado a este punto, corresponde decir que ofrecer los fundamentos de una Filosofía de la Cultura en los términos en que la propongo, supone otra propuesta: la del existir como "Juego cordial" la que habré de desarrollar en lo siguiente.

El Existir: "Juego Cordial"

La existencia como libertad es un juego. Que devenga, que se desarrolle como "juego cordial" es el resultado de una respuesta del hombre, la persona, quien desde la libertad que es ha de responder a una invitación: a jugar su existir como "juego cordial".

Si el filósofo, como sujeto integrador, saborea el "Grund", su "Grund" como "el Gran Integrador", como "el Jugador Cordial Mayúsculo"; entonces, acaso le corresponda iluminar -desde un filosofar, concebido y experimentado como "Juego Cordial"- al existir como "Juego Cordial".

Y así, el filósofo, que saboreó al "Grund", su "Grund" como "el Gran Integrador", "el Jugador Cordial Mayúsculo" ha de hacer luz -desde su filosofar como "Juego Cordial"-, en el existir como "Juego Cordial" también. Y esto, en la medida en que considere a la integración y la asuma como actitud y quehacer.

Ahora bien, cabe preguntarse ¿quién invita, al hombre, a la persona a jugar su existir como "Juego Cordial"?

Es el "Grund", es el "Gran Jugador", "el Jugador Cordial Mayúsculo", "Amante de amantes" el que nos invita, invita a la persona, a jugar nuestro existir como "Juego Cordial". Juego que está regido por una única regla: La generosidad, la cordialidad, el Amor sin más, el Amor sin medida.

Al responder a la invitación de su "Grund" a jugar su existir como "Juego Cordial" el hombre asume su ser capaz de Dios, y como tal desarrolla su existir como un desafío en el que desenvolverse desde su existir saboreado como "Juego Cordial" es al mismo tiempo desarrollarse como jugador de un juego a lo divino⁷. En efecto, desde su existir saboreado, desde la integración de sentir y pensar, el hombre que se asume como ser capaz de Dios, se propone desenvolver su existir como "juego a lo divino", como juego a desplegar -desde la integración- la Verdad y el Amor en grado máximo, juego que tiene como modelos -acaso como supremos ganadores- al genio, al santo y al héroe en su síntesis.

LA UTOPIA DEL TRABAJO EN SIMONE WEIL

María del Carmen Dolby Múgica

Doctora en Filosofía por la Universidad de Navarra.

Catedrática de I.E.S. en Cantabria. Licenciada en

Antropología Social y Cultural por la Universidad de Deusto.

Investigadora en la línea del Pensamiento Clásico en la

Universidad de Navarra.

Introducción

El ideal planteado por Simone Weil es el de construir una civilización forjada en la espiritualidad del trabajo que permita a los seres humanos un grado más profundo de arraigo en el Universo. Un trabajo que no cumpla esta condición de espiritualidad, es decir, de conciencia sobre lo que se está haciendo, produce un total desarraigo a los que lo realizan.

El problema se plantea con respecto al trabajo físico pues todo trabajo intelectual es *per se* una tarea realizada con conciencia y de alguna manera dirigida por la persona que la ejecuta.

Los análisis de Simone Weil se centran sobre todo y especialmente en el trabajo obrero. La propia Simone quiso experimentar la condición de trabajadora manual y a pesar de la dureza de las condiciones impuestas entonces en Francia a la clase obrera, no dudó en dejar su puesto de profesora e ir a trabajar a distintas fábricas. Sus experiencias como obrera las describe minuciosamente en su "Journal d'usine"¹ en el que cuidadosamente anota sus logros y derrotas en el temido trabajo por piezas, es decir, en la brutalidad impuesta al obrero y a la obrera por una cadencia superior a la normal y que altera no sólo el ritmo biológico sino y sobre todo la capacidad de atención y de gusto por lo que se hace.

Del mismo modo describe las relaciones entre sus compañeros, en concreto, el trato del que son receptores por parte de sus jefes así como sus miedos ante el posible despido, forma última de desarraigo pues llevaría al paro y a la consiguiente no participación de la vida social.

Anota también la tristeza de los rostros, el cansancio excesivo acumulado en el cuerpo que hacen de la jornada de cada trabajador y de cada trabajadora una dura carga que imposibilita a la vez las relaciones felices con los demás y el cultivo de la mente.

Del mismo modo, el orgullo del trabajo bien hecho, la sensación de que se ha contribuido a una labor importante, no pueden brotar en una situación de desarraigo tal y como lo ve la propia Simone Weil. El trabajo que debía servir para realizar una importante dimensión del ser humano, acaba convirtiéndose en la causa mayor de explotación y marginación humana.

Toda esta problemática no se arreglaría sin más, según la opinión de Simone Weil, con un aumento de sueldo o incluso con la expropiación de la propiedad privada y su paso a la clase proletaria o a sus representantes como en el caso de la U.R.S.S. pues no es sólo una cuestión de plusvalías o de propiedad sino de apropiación de la propia tarea por parte del obrero y de la obrera, cosa que se seguía sin dar en el régimen comunista que ella analizaba. En tal régimen imperaba también el dirigismo y las cadencias forzadas en las fábricas e incluso de una manera más rígida que en el propio capitalismo.

Como punto de referencia para terminar esta introducción, valgan estas palabras de Simone Weil, escritas al comienzo de su "Journal d'usine":

"Non seulement que l'homme sache ce qu'il fait -mais si possible qu'il en perçoive l'usage- qu'il perçoive la nature modifiée pour lui. Que pour chacun son propre travail soit un *objet de contemplation*"²

El desarraigo obrero

En su obra "Echar raíces" dice lo siguiente:

"Bernanos ha escrito que al menos nuestros obreros no son inmigrados como los de la Ford. La principal dificultad social de nuestra época procede del hecho de que en cierto sentido sí lo son. Aunque no se hayan movido geográficamente, se les ha desarraigado moralmente, se les ha exiliado y admitido de nuevo, como por tolerancia, a título de carne de trabajo. El paro, es de seguro, un desarraigo a la segunda potencia"³.

¿Cuáles son las causas o motivos que producen el desarraigo obrero? Siguiendo a Simone Weil podemos enumerar muchas de ellas tal y como las ha ido plasmando en diferentes escritos.

Primera: Los obreros no se sienten en su casa en las fábricas sino en un lugar extraño:

LA UTOPIA DEL TRABAJO EN SIMONE WEIL

María del Carmen Dolby Múgica

Doctora en Filosofía por la Universidad de Navarra.

Catedrática de I.E.S. en Cantabria. Licenciada en

Antropología Social y Cultural por la Universidad de Deusto.

Investigadora en la línea del Pensamiento Clásico en la

Universidad de Navarra.

Introducción

El ideal planteado por Simone Weil es el de construir una civilización forjada en la espiritualidad del trabajo que permita a los seres humanos un grado más profundo de arraigo en el Universo. Un trabajo que no cumpla esta condición de espiritualidad, es decir, de conciencia sobre lo que se está haciendo, produce un total desarraigo a los que lo realizan.

El problema se plantea con respecto al trabajo físico pues todo trabajo intelectual es *per se* una tarea realizada con conciencia y de alguna manera dirigida por la persona que la ejecuta.

Los análisis de Simone Weil se centran sobre todo y especialmente en el trabajo obrero. La propia Simone quiso experimentar la condición de trabajadora manual y a pesar de la dureza de las condiciones impuestas entonces en Francia a la clase obrera, no dudó en dejar su puesto de profesora e ir a trabajar a distintas fábricas. Sus experiencias como obrera las describe minuciosamente en su "Journal d'usine"¹ en el que cuidadosamente anota sus logros y derrotas en el temido trabajo por piezas, es decir, en la brutalidad impuesta al obrero y a la obrera por una cadencia superior a la normal y que altera no sólo el ritmo biológico sino y sobre todo la capacidad de atención y de gusto por lo que se hace.

Del mismo modo describe las relaciones entre sus compañeros, en concreto, el trato del que son receptores por parte de sus jefes así como sus miedos ante el posible despido, forma última de desarraigo pues llevaría al paro y a la consiguiente no participación de la vida social.

Anota también la tristeza de los rostros, el cansancio excesivo acumulado en el cuerpo que hacen de la jornada de cada trabajador y de cada trabajadora una dura carga que imposibilita a la vez las relaciones felices con los demás y el cultivo de la mente.